

CAPITULO XXVII.

EN RETIRADA.

Nuestra marcha á Sombrerete fué mas ordenada, fuera por el respeto del general Donato Guerra que era muy querido de todos nosotros, fuera por que ya sabiamos que el enemigo no se movia de Zacatecas. Allí supe tambien que el general Pedro Martinez habia salido con la mayor parte de sus fuerzas, recogiendo algunos dispersos de las otras divisiones.

Siempre despues de un hecho de armas como aquel, en que algo ha quedado en pié, se dá acogida fácilmente á las noticias mas exageradas y los derrotados se hacen grandes ilusiones sacando partido de su misma derrota. Por ejemplo; creiamos que el de la Bufa habia sido un simple descalabro que habia dejado intactos á nuestros tres mil hombres de caballeria y á unos mil quinientos lo menos de la Division de

Martinez, el cual bien podia haber reunido otros mil con los piquetes que se le incorporaran, pudiendo en ese caso la revolucion contar con un efectivo de cuatro ó cinco mil hombres, suponiendo sin conceder que se hubieran perdido en la Bufa la mitad de nuestras fuerzas.

Pero la verdad era que en todos nuestros cuerpos se habian verificado grandes deserciones y que podian señalarse tantos huecos en las filas de la caballeria como en las de la infanteria que nos quedaba. A presencia de todos se habia consumado la derrota y era natural que entrara en nuestro ejército el desaliento y la desmoralizacion. Ademas, aquellas tropas hicieron de noche su retirada de Zacatecas y en esta retirada, parecida á una huida por su premura, tuvieron que producirse muchas bajas.

Entónces Treviño juzgó conveniente ir á incorporarse con los restos de su ejército que ya habian tomado el rumbo del Norte. Al separarse este de Donato Guerra teniamos que optar los que allí íbamos por uno ó por otro jefe: teniamos que escoger entre el camino de Monterey y el de Durango.

Donato Guerra que conocia perfectamente la situacion individual de todos, me dijo:

—Véngase Vd. con nosotros.

—Tengo que ir á incorporarme con el general Martinez, le contesté, y ademas el capitan de su escolta lleva mi equipaje.

—Quién sabe si ya irá lejos el general Martinez, si no podrá Vd. continuar al lado de Treviño, si el gene-

ral Diaz ha desembarcado en Sinaloa y es mas conveniente la presencia de Vd. por este rumbo: en fin yo creo que debe Vd. venirse con nosotros para Durango. En cuanto á los escrúpulos de Vd. respecto del general Martinez y el cuidado de su equipaje, ya escribiré á aquel buen amigo diciéndole que yo me empuñé en traérmele y le encargaremos que cuide de recoger su mula de carga.

Todavía hice algunas reflexiones respecto de mi carácter militar, fuera del puramente amistoso que tenia en la Division del general Martínez.

—Después de una derrota como la que hemos sufrido necesitamos organizarlo todo de nuevo y para este efecto hacen mas falta los servicios de Vd. en el Occidente de la República en donde cuenta con tantos y tan buenos amigos.

Agregó á este otros razonamientos, significándome que ya iban para la frontera todos los hombres de influencia y de accion que podian en poco tiempo reponer sus elementos y que los que mas necesitaban reconstruirse eran los de Durango y Chihuahua que eran los realmente destruidos, y que en aquel trabajo arduo tanto yo como Benitez íbamos á servirle mucho. La revolucion, en una palabra, me exigia el sacrificio de abandonar por el momento á mi jefe y amigo el general Martinez para poderme consagrar á los trabajos políticos de un orden mas elevado. Acaso iba á hacerse indispensable que Benitez y yo, ó alguno de nosotros dos, saliera del país en busca del general Diaz, el cual segun nuestras noticias se ne-

contraba en la Habana esperando que hubiera algun puerto ocupado por la revolucion para volver á ponerse al frente de sus amigos. Ya dije antes que destruidos los elementos de Oaxaca, muerto por una cobarde felonía el gobernador Diaz que perdió una buena parte de la fuerza con que se contaba, derrotados otros jefes porfiristas en varios encuentros con el enemigo, hasta quedar el caudillo de la revolucion al frente de un puñado de hombres y rodeado por todas partes de un enemigo que penetró hasta su casa, rompió sus muebles y pilló algunos de sus bienes particulares, todavía tuvo alientos de acercarse á la capital y causar inquietud viva á los miembros del gobierno hasta que rendidos á la fátiga sus compañeros de armas empezaron á abandonarle, viéndose precisado á embarcarse para ir á buscar no solo un refugio sino elementos con que combatir en alguno de los otros Estados que aparecian levantados contra el juarismo.

Parece que el general Diaz tuvo muchos y serios tropiezos en su viaje y que estos le impidieron aparecer entre nosotros en el momento oportuno.

Todavía en aquella hora, derrotados como estábamos, su presencia nos habria reanimado, destruyendo la desconfianza que ya existia de unos hácia otros en aquel puñado de dispersos, cuando se acusaba á Treviño de torpezas y de ambicion, á Martinez de egoismo, á Guerra de demasiado complaciente y á todos de poco previsores por no haber dejado arregladas las cosas á nuestra retaguardia de otra manera. Cuando antes se clamaba y hasta se amagaba con la

rebelion porque no se entraba pronto al combate, ahora se decia que no habia habido necesidad de tanto apresuramiento y que bien se podian haber esperado Treviño, Martinez y Guerra con tan buenos elementos, otro poco de tiempo, para entregarlos intactos á nuestro caudillo que de seguro sabia ganar con ellos la victoria.

Antes, cuando estábamos bastante fuertes y bastante engreidos con nuestras fuerzas, nos considerábamos muy capaces de vencer á Rocha, á Escobedo y á todos cuantos generales pudiera mandar el gobierno contra nosotros. Ahora que nos habiamos quedado casi en cuadro, todo lo esperábamos de la presencia entre nosotros del general Porfirio Diaz.

De seguro que presentándose él, los Estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Jalisco, Nuevo Leon, San Luis Potosí, Coahuila y Tamaulipas, se levantarían como un solo hombre llenos de entusiasmo para ir á combatir al lado del bravo soldado de Oriente.

Y la verdad es que en efecto la llegada del general Diaz hubiera reconciliado á todos los que allí se estaban viendo con encono y con desconfianza, y que prontamente se habria organizado otro cuerpo de Ejército debido á su sola influencia. Se le queria generalmente y se tenia una gran fé en su pericia militar y en su carácter resuelto.

Pero desgraciadamente no pudo ser así y cada cual tomó por el camino que le paració mejor sin obedecer á ningun plan, á ninguna idea, ni á ningun concierto.

Los jefes fronterizos volvian á sus Estados para reclutar nuevos hombres, proveerse de mas armas, pedir mas caballos y exigir mayores sacrificios á los propietarios y á los pueblos: Donato Guerra, que representaba la otra entidad y que á falta del general Diaz era el jefe supremo de la revolucion en todos los Estados de Occidente, iba por su parte á reparar los preciosos efectos de guerra que, conquistados con arrojo en la victoria alcanzada en Mata Pulgas y reunidos en cuatro meses de duras campañas, se habian perdido en un instante en el fracaso de la Bufo.

En Durango fuimos perfectamente recibidos y alojados por el general Tomas Borrego que fungia como gobernador. Era jefe de Hacienda, el ilustrado caballero D. Ignacio Michel y todas las autoridades pertenecian como era natural en cuerpo y alma á la revolucion y á los revolucionarios.

Allí era donde debiamos tomar alientos y formar un buen plan para el porvenir. Si bien no estábamos potentes como al reunirse nuestras tropas en Salinas del Peñon Blanco para formar un ejército de nueve mil hombres, tampoco estábamos tan faltos de recursos como al iniciarse la revolucion. Ahora contábamos con varias capitales, con varios gobiernos pocas ó mas ó menos bien establecidos y con buenos cuadros de oficiales para organizar prontamente algunos cuerpos de infantería y caballería.

A este punto dedicó su atencion inmediatamente el general Donato Guerra, haciendo que salieran los comisionados que debian proceder á esta reconstruc-

cion, para las poblaciones de que mas se esperaba un contingente. Por su parte el gobierno de Durango no se habia dormido y tenia organizados ya unos quinientos reclutas que eran los que iban á servir de pié veterano, para formar el nuevo ejército y como lo probable lo enteramente seguro era que antes de engolfarse el gobierno en una campaña por la frontera que seria tan costosa como erizada de peligros, dedicaria su atencion á destruir lo poquísimo que nosotros teniamos, ocupándose en pacificar aquella zona que aparecia completamente desarmada, no tardariamos en saber que alguna buena seccion de tropas marchaba sobre Durango, como así se supo en efecto á los dos ó tres dias de llegados.

Entonces el general Donato Guerra nos dijo:

—Es probable, casi necesario que nos veamos obligados á desocupar á Durango, dentro de ocho ó diez dias que tengamos al enemigo sobre nosotros. No podremos ni resistirle ni salirle al encuentro. Nuestros elementos actualmente no son de combate. Al evacuar esta ciudad tendremos que dirigirnos para el vecino Estado de Chihuahua en donde podremos organizar nuestras fuerzas sin ser inquietados en algun tiempo. Al gobierno no le costeará enviar una fuerte expedicion hasta un Estado tan remoto, gastando estérilmente sus recursos y sus hombres, mientras no tenga completamente pacificado el interior. Nosotros tenemos por el pronto en Chihuahua no solo un refugio seguro sino poblaciones que nos den un buen contingente para la reorganizacion, mientras vemos que es

lo que hacen nuestros amigos de Puebla, de Michoacan y de los otros Estados de la República, que todavía están vírgenes en esta revolucion. Debemos, pues, nosotros por ahora limitar nuestra accion á los Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Yo me ocuparé del primero, es necesario que Vds. me ayuden con los segundos yendo á darles impulso no solo con su presencia sino con su actividad. Acaso aparezca en Sinaloa de un momento á otro el general Diaz y entónces será conveniente que se forme allí el gobierno de la revolucion y Vds. podrán ayudarle mucho en ese particular.

Así nos hablaba á Benitez, á D. Trinidad García, á D. Ignacio Michel, al ingeniero Peimbert y al autor de estas memorias.

Nosotros, persuadidos y obedientes, aprobamos gustosos aquella proposicion y empezamos á disponer nuestro viaje para el dia siguiente. Como teniamos que atravesar por el desierto de las montañas inmensas que dividen á los Estados de Sinaloa y Durango, en las cuales hay veces en que se caminan veinte ó quince leguas sin encontrar ni un miserable rancho y éramos los que íbamos á formar la caravana cosa de unas doce personas, tuvimos que llevar nuestros catres de campaña y una ó dos mulas cargadas de provisiones.

Aquella fatigosa travesía la hicimos muy contentos. Todos los dias rendiamos la jornada á buena hora y en seguida nos poniamos á jugar al *Tángano*. El *tángano* es un juego de muchachos al cual tiene

gran cariño el Sr. Benitez, siendo por otra parte muy hábil para hacer buenas jugadas. Consiste en poner sobre un tapon de corcho las monedas que sirven de apuesta y tirarle desde alguna distancia con otras mas grandes, es decir, con pesos. Todas las monedas que caen junto del tângano son del que las ha tirado y Benitez hace esto con suma facilidad calculando pegar al tângano en el pié para que las monedas queden en el mismo sitio.

Como no teniamos otra cosa en que pasar el tiempo despues de rendida la jornada y dicho juego es en sí muy divertido, confieso que un camino que es tan penoso se nos hizo á todos ligero y lleno de entretenimiento. El buen humor no llegó á abandonarnos ni en las cuestas terribles que llevan el nombre de «El espinazo del Diablo» compuestas de una larga serie de precipicios. A uno y otro lado se ven grandes y profundos barrancos yendo el viajero sobre el filo de la montaña, en que con frecuencia apenas ofrece espacio para que pongan las patas los animales: aun las mismas mulas que son las que mas se detienen en las cuestas, suelen perder pisada y rodar á uno de aquellos abismos que no parecen tener fondo.

Allí sobre aquella misma cima erizada de peligros íbamos nosotros cantando ó dirigiéndonos bromas, demostrando en todo nuestro viaje el mayor contento.

Una vez traspuestos los límites del Estado de Durango, y llegados á terrenos de Sinaloa, supimos que el gobernador Andres L. Tapia residia en el puerto de Mazatlan y que el general Marquez de Leon,

Doroteo López, Cañedo y otros jefes, estaban sitiando á Pesqueira en Culiacan. Este gobernador de Sonora habia atacado á los pronunciados allí: se habia posesionado de la plaza, quedando preso en sus propias redes, pues en seguida fué rodeado por los pronunciados y ya no pudo salir de la ciudad.

El gobernador Tapia nos recibió muy bien, dando desde luego posesion de sus empleos á Peimbert y Michel, pues el primero iba nombrado por Donato Guerra administrador de la Aduana Marítima y el segundo jefe superior de hacienda.

Benitez, D. Trinidad García y yo nos quedamos en reserva para lo que se ofreciera en política, el primero estudiando el ingles para su viaje próximo á los Estados Unidos, el segundo haciendo escursiones y el tercero escribiendo artículos en favor de la causa, en los ratos perdidos.